

AZMI BISHARA

Una antítesis no es una alternativa

Las diferentes formas de la resistencia en Irak han logrado poner obstáculos a las pretensiones colonialistas de EEUU, que utiliza actores locales como el presidente iraquí Ayad Alawi dentro de un supuesto plan hacia la soberanía y la democratización del país. Sin embargo, estas acciones contra la ocupación no implican una alternativa a la hegemonía estadounidense en Irak. Ante la pregunta ¿será Múqtada al-Sáder la alternativa a la ocupación estadounidense?, el autor sostiene que no más que Kerry lo era de Bush. El caso de Venezuela, con sus diferencias y limitaciones, representa el potencial de una alternativa a la dominación de EEUU y no solo una antítesis.

Desde que EEUU inició su guerra contra Irak en marzo de 2003 han muerto 949 soldados estadounidenses. De éstos, 811 han fallecido después de que Bush declarase oficialmente el final de la campaña militar, el 1 de mayo de 2003. A su vez, 94 de ellos han perdido la vida después del 28 de junio, fecha de la llamada transferencia de soberanía.

Aunque la mayor parte de la opinión pública estadounidense se inclina ahora por percibir la guerra como un error cometido en base a pruebas falsas sobre la posesión de armas de destrucción masiva por parte de Irak, y a pesar de que las encuestas de opinión sugieren que la guerra será un elemento más determinante que el estado de la economía o las políticas domésticas para el desenlace de las elecciones presidenciales; con todo, la elite que domina la vida política en EEUU a través de dos ligas electorales que se autodenominan partidos, aun no se ha planteado la cuestión de una retirada sistemática de las tropas estadounidense de Irak. En vez de resaltar las diferencias entre los candidatos, el “debate” se ha centrado en el historial bélico de Kerry en Vietnam, así como en su coincidencia con Bush respecto de la cuestión palestina y en el hecho de que aun si hubiese tenido acceso a la información disponible hoy en día, él habría votado a favor de la guerra en Irak. En realidad, Kerry tiene que demostrar que es coherente, recordándonos que todas las grandes guerras imperialistas libradas por EEUU en el siglo XX fueron lanzadas, precisamente, por presidentes del Partido Demócrata: la Guerra de Corea bajo Truman, Vietnam bajo Kennedy y Johnson, y Afganistán bajo Carter.

Azmi Bishara es diputado palestino en el Parlamento israelí Knesset. Artículo publicado originalmente en el periódico egipcio *Al-ahram*, 26 agosto-1 septiembre 2004. Se cuenta con autorización para su reproducción

Traducción:
Leandro Nagore

La retórica en la campaña electoral estadounidense se está dirigiendo con fuerza hacia la hegemonía imperialista, lo que podemos considerar como un claro indicador de que la dinámica de la democracia estadounidense no conducirá hacia una “democracia global”. Los estadounidenses aman su sistema democrático —o, por lo menos, lo consideran como algo claramente mejor que una dictadura—. Pero, una democracia global, si nos está permitido usar este término, es algo completamente diferente; lo cual evidencia que no existe vínculo alguno entre ambas ideas de democracia.

Las formas de la resistencia iraquí

Hasta el momento, el impulso imperialista estadounidense en Irak ha dado pie a tres formas de resistencia. La primera es el bombardeo sostenido de objetivos de la ocupación y de oficiales e instituciones del naciente Gobierno “títere”, sobre todo de los oficiales y centros de reclutamiento y de formación de las nuevas fuerzas de seguridad que los ocupantes están intentando crear. Los civiles iraquíes también resultan ser, a menudo, víctimas de estos ataques sistemáticos. La información y la opinión respecto de aquellos que perpetran estas explosiones también son divergentes, pero la mayoría se canaliza hacia dos fuentes. En primer lugar, los bastiones de los antiguos cuadros de mando del partido Baaz, junto con los aparatos de seguridad del antiguo régimen. Y en segundo lugar, un fenómeno de aparición más reciente: el de los partidarios de organizaciones nacionalistas o religiosas. Si bien la información disponible sigue siendo confusa, parece claro que este no es un movimiento de resistencia que albergue las mejores esperanzas para la sociedad y el pueblo iraquí. Aunque haya logrado obstaculizar los planes inmediatos de EEUU y haya acabado con múltiples teorías sobre la relación entre el régimen que gobierna y la sociedad en Estados con un sólido y adinerado sector público, con grandes ejércitos y beneficiarios; a pesar de ello, ni el antiguo régimen ni los movimientos religiosos actuales ofrecen hoy mejores perspectivas para el futuro de Irak. De hecho, algunas de sus acciones y creencias resultan aberrantes para amplios sectores de la población con aspiraciones democráticas, tanto dentro como fuera de Irak, por mucho que tengan en común una declarada animosidad contra la ocupación estadounidense. Pero, cuando se trata de analizar la ocupación, entran en juego otros cálculos, ya que la resistencia está impidiendo que la ocupación imponga su hegemonía y que avancen por su agenda política, no sólo en Irak, sino en toda la región.

La segunda forma de resistencia se encuentra en esos elementos de la sociedad iraquí que han sido impulsados a la acción por las políticas de la ocupación, tal como queda típicamente ilustrado en la gente de Faluya, que se vio instigada a tomar armas. El potencial latente para esta forma de resistencia existe en muchas ciudades iraquíes y su crecimiento depende de la incapacidad del régimen actual para acomodar los intereses de amplios sectores de la población, junto con la incapacidad de las fuerzas de ocupación para controlarla. En este caso, un fuerte elemento de espontaneidad se une a la acción organizada en un proceso de libe-

ración de aquellas energías suprimidas de una población mantenida bajo férreo control durante décadas por parte del Estado nación.

La tercera forma de resistencia, cuyo ejemplo más notorio sería el Ejército de Al-Mahdi, liderado por Múqtada al-Sáder, encuentra su base de apoyo entre los chiítas pobres, con sus milenarias creencias basadas en la redención. Esta manifestación es radicalmente distinta de las otras dos. Aunque indudablemente forma parte del gran movimiento de resistencia, al mismo tiempo se diferencia no tanto por su carácter sectario, sino por el hecho de pertenecer al legado de opresión del antiguo régimen, y por su estilo de mando clerical. Recientemente, los clérigos chiítas han formado un gran número de agrupaciones políticas, como el Partido Dawa y el Consejo Supremo para la Revolución Islámica. La mayor parte de estos partidos se han adentrado en la arena política bajo el actual sistema gobernante y compiten por adquirir una mayor representación en los 81 escaños parlamentarios que deben ser distribuidos entre los partidos políticos. Es muy posible que la rebelión del partido de Múqtada al-Sáder se iniciara en el contexto de esta rivalidad para ampliar la influencia, tanto política como espiritual. No obstante, el hecho de que este partido tenga sus raíces entre los chiítas pobres emigrados a las ciudades y entre los clanes chiítas rurales, además de su fervor ideológico y de su particular voluntad por reconocer la legitimidad de la línea sucesoria del liderazgo espiritual de tío a padre a hijo, ha producido el alejamiento de este partido del proceso político, impulsándolo hacia la rebelión abierta contra la totalidad del *statu quo* existente bajo la ocupación.

La rebelión de Al-Sáder

¿Querría usted vivir bajo un gobierno dirigido por Múqtada al-Sáder? Esta pregunta ha sido planteada para confundir y avergonzar a aquellas personas preocupadas por la democracia y que se oponen a la ocupación estadounidense de Irak y al proyecto estadounidense de hegemonía global. Pues bien, en primer lugar, la respuesta es un no, sin ambigüedad alguna. Pero, en segundo lugar, la pregunta no sólo es retórica, sino claramente demagógica. Lo que importa hoy en día del movimiento de Al-Sáder es que pone de relieve el carácter mismo de las fuerzas sociales iraquíes, sobre todo entre los chiítas pobres, tal y como se moldearon bajo la ocupación y bajo las alianzas en la sociedad iraquí.

En cierto sentido, Múqtada al-Sáder no es más que la imagen, inversa y trágica de Ayad Alauí: es la antítesis y no la alternativa. El fenómeno Múqtada al-Sáder no es una plataforma política; es un grito que surge de las profundidades de la historia del sufrimiento de los oprimidos y desposeídos en Irak en oposición a los oportunistas que cambian de bando de un régimen a otro y que no pueden ser categorizados seriamente como fuerza social. Alauí es un seglar pragmático, además de experto jugador en políticas del poder entre los restos del régimen de Sadam. Tras aliarse con las agencias de espionaje extranjeras, logrando un pasaporte británico, volvió al país justo detrás de los tanques estadounidenses, recién terminada la guerra. Una vez sobre el terreno, carecía de base social de poder, tanto en el régimen como en la oposición. Sin embargo, él y su gobierno cuentan

*El fenómeno
Múqtada al-
Sáder no es
una
plataforma
política; es un
grito que
surge de las
profundidades de la
historia del
sufrimiento
de los
oprimidos y
desposeídos
en Irak*

ahora con el lujo de poder servirse del período que le han concedido las fuerzas ocupantes, para crear una base social de este tipo. Por tanto, se han empleado a fondo en usar su influencia para otorgar puestos a personas de confianza, o para rehabilitar a oficiales en el antiguo ejército, o bien para conceder amnistías a elementos del Partido Baaz; todo lo cual está en total oposición con la teoría del Pentágono, aunque obedece plenamente al realismo de la CIA —así como resulta coherente con el realismo de varios regímenes árabes (llegando hasta parecerse a algunos de esos líderes)—. El régimen nacido de la ocupación necesitará unas gigantescas dosis de corrupción, además de fuertes dosis de represión, sabiamente combinadas, para constituir las bases sociales que garanticen su reelección. Así, ante su primer gran reto respondió sacando los tanques a la calle, en dirección a la mezquita del Iman Ali, amenazando con tomar acciones que los iraquíes pensaban que antes sólo Sadam hubiera sido capaz de perpetrar.

Gobiernos, como el que se encuentra actualmente en Irak, no piensan en términos de movimientos tácticos y poco les importa su imagen humanitaria. Lo que les preocupa es aprobar el examen de soberanía en casa, lo cual conlleva demostrar su capacidad para actuar de manera firme y determinada, sin importarles el coste, para establecer su monopolio sobre el uso de la violencia y sus instrumentos. Habitualmente, un gobierno que duda en su determinación ante tales situaciones se puede considerar moribundo, puesto que permite o engendra una autoridad dual, que supone una situación de inestabilidad inherente que se mantendrá hasta el momento en que una autoridad se imponga sobre la otra. La trágica ironía en el caso iraquí es que no monopolizan el uso de la violencia: eso lo hacen los estadounidenses.

Gobierno colonial en Irak

EEUU está embarcado en un proyecto de construcción de bases militares en Irak y, pese a la engañosa retirada de algunas tropas estadounidenses de Asia y Europa en vísperas de las elecciones presidenciales, Washington aún tiene previsto mantener unas 160.000 tropas de la coalición durante, al menos, los próximos cinco años. EEUU también está en proceso de construir su mayor embajada en el mundo en Irak y, antes de abandonar Bagdad, el gobernador-general Bremen aprobó un importante grupo de leyes y regulaciones que no serán fácilmente alteradas o ignoradas por cualquier gobierno iraquí, por lo menos en un futuro cercano.

Irak se encuentra bajo gobierno colonial. Por tanto, el intento por parte del Gobierno de resolver la amenaza contra su autoridad mediante un asalto contra el lugar santo chiíta en Najaf creará una herida supurante que no se curará fácilmente con el paso del tiempo. Este es un gobierno muy peligroso en la actual coyuntura. Es consciente de la crisis que sufre su legitimidad, e intenta compensar por ello logrando el respeto con la fuerza. Por desgracia, en este caso el músculo es del todo estadounidense, y esta fuerza no genera legitimidad.

Es probable que a Condoleezza Rice le desagrade la posibilidad de que el Gobierno iraquí acepte las promesas, por parte de Múqtada al-Sáder, de que

abandonará las armas, por ello declaró que no le creería si aceptase las condiciones del gobierno. Sin duda, el Ejecutivo ha seguido su pauta, por lo que uno puede sospechar que elevará sus exigencias, de forma que cualquiera que sean las condiciones que acuerde Múqtada puedan ser vistas como un acuerdo que llega demasiado tarde. Este gobierno aceptará poco menos que el total sometimiento de Múqtada a la humillación, tal como ellos creen que se merece. Sólo entonces tendrá el poder para perdonar, que es la única forma de poder comparable al despliegue de fuerzas para ocupar el lugar más santo del chiísmo y profanar otros edificios sagrados.

¿Habrá cambiado Al-Sáder su postura? Supongamos que esto sea cierto, ya que está maniobrando para salvar su movimiento sin entregarse y sin dismantelar su milicia. Estas maniobras suponen el empleo de numerosas palabras que pueden ser interpretadas en diferentes sentidos, y que en algunos casos conducen directamente a la mentira. Sin embargo, la credibilidad de Múqtada no es la cuestión primordial a la vista de la ocupación. Tan solo existe una cuestión: la ocupación de Irak por parte de EEUU. Destaca la desesperación con la cual Washington desea resolver la situación de Al-Mahdi cuanto antes, al igual que la estrecha relación que une su invectiva contra Múqtada al-Sáder con la necesidad que tiene Bush de un avance significativo en Irak antes de las elecciones. El que este avance suponga generar desconcierto en la ocupación estadounidense no es importante, ya que todo desastre que tenga lugar ocurrirá tras la reelección de Bush, que es la única preocupación de Bush y de Karl Rove.

Las formas actuales de la resistencia iraquí no ofrecen alternativa alguna. Algunas de ellas están dirigidas contra los estadounidenses, otras evidencian las contradicciones en la sociedad iraquí tras la disolución del Estado unipartidista y el colapso de la seguridad. Son contradicciones que enfrentan a segmentos enteros de la población contra la ocupación. No es que tal diagnóstico moleste a los estadounidenses demasiado. La resistencia es, no obstante, un problema. Sólo algunos neoliberales árabes insisten en acorralarnos con estas contradicciones, como si la plataforma de Múqtada al-Sáder se presentase a las elecciones para el Gobierno de Irak. Las elecciones, podríamos recordarles, tienen lugar en EEUU y no en Irak; y allí nadie ha formulado alternativas. Si acaso, las críticas deberían dirigirse contra el candidato del Partido Demócrata, Kerry, por no haber tomado la oportunidad histórica de ofrecer una alternativa a las políticas neoconservadoras.

El caso de Venezuela

Un importante acontecimiento en otro lugar del mundo podría arrojar algo de luz sobre este embrollo iraquí. A lo largo de los dos últimos años, Venezuela fue el escenario de otra forma de resistencia contra la dominación estadounidense. Esta resistencia luchaba, no con las armas, sino con la fuerza del procedimiento democrático y una opinión pública movilizadora por una agenda social. A EEUU le decepcionó, y mucho, la decisión de la mayoría democrática, incluso ante la ausencia de partidos religiosos o de un Ejército como el de Al-Mahdi. Estaba tan decepcionado que estaba preparado para conspirar contra esta fuerza. Pero la resistencia deter-

minada por las urnas, tal y como fue el caso en Venezuela con la instauración de Hugo Chávez ante las objeciones estadounidenses, presupone un Estado soberano independiente en el cual grandes segmentos de la población consideran que los dictados de Washington, y las medidas neoliberales del FMI a favor de la austeridad, no son más que una ingerencia en su soberanía nacional.

En 2001, EEUU y sus aliados intentaron derrocar a Chávez mediante un golpe. Las masas de los pobres venezolanos lograron restituirlo en el poder en dos días. Si el gobierno elegido democráticamente contra el cual se conspiró hubiese pertenecido al campo estadounidense no se habría permitido que los conspiradores tuviesen una segunda oportunidad mediante métodos democráticos como convocatorias extraordinarias y referéndum. No es difícil imaginarse lo que habría ocurrido si los conspiradores hubiesen caído en manos de almas profundamente democráticas como Alauí y sus "líderes democráticos" que son los aliados de EEUU en el mundo árabe. Pero Venezuela celebró un referéndum y los resultados se decantaron claramente del lado de la seguridad social, las campañas de erradicación del analfabetismo y otros programas sociales.

El sistema democrático estadounidense está furioso y, una vez más, Kerry ha hablado sobre su temor ante la amenaza que Venezuela representa para EEUU. Algunos periodistas próximos al poder estadounidense han sugerido que la única razón por la cual Chávez ganó fue por la subida de los precios del petróleo. Si no fuese por ese dinero adicional, aseguran, no habría podido gastar el dinero de forma tan generosa en la educación y la atención sanitaria. Un crimen imperdonable. Debería haberse guardado el dinero en sus propios bolsillos, y en el de sus amigos y parientes, tal y como lo han hecho los aliados de EEUU en todo el Tercer Mundo.

La experiencia nos ha enseñado la sabiduría del escepticismo en relación con el entusiasmo despertado por carismáticos líderes del Tercer Mundo que juegan con las formas demagógicas del antiamericanismo. Incluso en mis momentos más optimistas sobre Venezuela, no puedo más que pedir cautela sobre esa tendencia hacia la adulación de la personalidad, que ha creado casos tan desgraciados de Bonapartismo en el Tercer Mundo y que ha alimentado situaciones de corrupción personal sin límites, para desgracia de la retórica revolucionaria y el romanticismo izquierdista de Occidente. Por tanto, no podemos comparar a Chávez, como si fuera una mejor persona que, por ejemplo, Múqtada al-Sáder, o en base a sus formas y medios democráticos, ya que estos no fueron algo elegido por él, sino que formaban parte de las condiciones políticas que engendraron el fenómeno del chavismo. Tampoco puede compararse su situación con la que existe en Irak. La violencia no era una opción para Chávez. Como jefe de Estado legítimamente elegido, representa la legitimidad. El empleo de la violencia por su parte, le habría ofrecido a EEUU el pretexto para intervenir. En todo caso, la violencia es el estilo de sus adversarios. En realidad, Chávez pasa la prueba, ya que ofrece una alternativa socio-política al modelo venezolano de hegemonía estadounidense. Chávez representa el potencial de una alternativa, al menos en Venezuela, y no sólo una antítesis.

Por otra parte, en Irak los "demócratas" son aquellos que han secuestrado la retórica de la "democracia y la estabilidad" en el sangriento conflicto contra las

“fuerzas del terrorismo” y contra el “clérigo radical”, o para variar, el “joven”, “ambicioso”, “renegado”, “rufián” o “populista”, “rebelde”, y demás epítetos poco democráticos que se usan para ensombrecer su imagen como luchador de la resistencia blandiendo su espada contra la ocupación. Si fuéramos a realizar alguna yuxtaposición entre Venezuela e Irak, sería entre un discurso democrático que ha rechazado la dominación estadounidense, y una retórica “democrática” que se ha apropiado de la democracia para avanzar con el proyecto de la hegemonía estadounidense en el mundo árabe.

Agosto 2004